

La Oración y la Vida Interior

La oración litúrgica

Todo espíritu, angélico o humano, está ordenado a Dios por su naturaleza espiritual, y gratuitamente destinado por la gracia a participar de la bienaventuranza eterna de la Santísima Trinidad; y por eso mismo, es fundamentalmente religioso, y su vida religiosa se manifiesta por la oración, vocal, mental, espiritual.

*Llamamos **oración vocal** a la oración que se expresa con las palabras de nuestro lenguaje articulado; **oración mental** a la que se vale de los solos actos mentales para elevarse a Dios; y **oración espiritual** a la oración de la voluntad y del corazón, que comprende todo nuestro ser y lo lleva a adorar en todo a su Creador y Redentor, a entregarse a su santa voluntad, y a mantenerse en continua unión con El, a imitación de Jesús crucificado, que ofreció toda su vida en un impulso de caridad hacia su Padre y para salvar a las almas.*

La oración vocal comprende toda la *oración litúrgica*, instituida por el mismo Verbo encarnado y elaborada por el Espíritu Santo, especialmente en la liturgia romana. Esta oración litúrgica es la *fente* y la *expresión* más sublime de la oración mental y de la oración espiritual.

1º Naturaleza de la oración litúrgica.

La oración litúrgica es la *oración del Cuerpo Místico de Jesucristo*, que en nombre y provecho de todos los cristianos es ofrecida a Dios por los sacerdotes y demás ministros de la Iglesia, y por los religiosos, dedicados a este fin por institución de la Iglesia misma (Pío XII, *Mediator Dei*).

***Oración del Cuerpo Místico de Cristo.** No es una oración privada y personal, sino pública, hecha en nombre de todos los que pertenecen a la Iglesia y en unión con Cristo, que de continuo intercede y ora por la Iglesia, de la que es Cabeza. Por eso se dice también: en nombre y provecho de todos los cristianos.*

***Ofrecida a Dios.** Esta oración forma parte del culto que la Iglesia tributa a Jesucristo, su Esposo, verdadero Dios, con un doble fin: alabar a Dios, e impetrar del El las gracias y favores, tanto espirituales como temporales, que necesita para la vida, santificación y salvación de sus miembros.*

***Por los sacerdotes y demás ministros delegados por la Iglesia para ello.** Esta oración no fue instituida por iniciativa individual, sino por la autoridad de la Iglesia, la cual*

delega a los sacerdotes, clérigos de órdenes mayores y religiosos de votos solemnes, la misión de rezarla haciendo las veces de todos los fieles cristianos. Estos ministros tienen, por lo tanto, el honor de representar a la Iglesia delante del Señor: su oración es la oración de la Iglesia inmaculada de Cristo; pero tienen también la obligación grave de cumplir esta misión, y cometerían pecado grave si dejaran de hacerlo.

Esta oración, que consiste primordialmente en el **Oficio Divino**, es el «sacrificio de alabanza» (Heb. 13 15) que la Iglesia ofrece a Dios juntamente con el Santo Sacrificio de la Misa, en que se renueva la inmolación del Hijo de Dios hecho hombre; razón por la cual está estrechamente relacionada con el Sacrificio Eucarístico y constituye con él la expresión más completa de la religión.

2º Excelencia de la oración litúrgica.

La excelencia de la oración litúrgica estriba sobre todo en dos motivos: es ofrecida en nombre de Cristo por la Iglesia, y es el complemento del Sacrificio del Altar.

1º La oración litúrgica es ofrecida en nombre de Cristo por la Iglesia, siendo a la vez la oración de Cristo, y la de la Iglesia en unión con Cristo.

a) La oración litúrgica es la oración del mismo Cristo. En el seno de la Trinidad, el Verbo es, como Palabra subsistente del Padre, la alabanza de todas las perfecciones divinas, y el himno infinito de glorificación del Padre. Por su Encarnación, el Hijo no dejó de ser la Palabra viva y el Canto perfecto del Padre, sino que, gracias a la naturaleza humana que asumió, empezó a alabar al Padre con una oración humana. Jesucristo rindió de este modo al Padre el culto de oración que todo hombre debe a Dios en justicia, honrándolo por la adoración, el amor, la alabanza, la acción de gracias y la súplica. Ahora bien, esta oración de Cristo en la tierra es la que se perpetúa a través del Oficio Divino.

b) La oración litúrgica es la oración de la Iglesia. Antes de subir al cielo, Cristo Jesús legó a su Iglesia su misión de continuar en la tierra su obra redentora, que es una obra de salvación de los hombres, pero también, y ante todo, una obra de alabanza y glorificación del Padre (Jn. 14 31). Por eso, la Iglesia coloca en el centro del culto que debe a Dios el Sacrificio de la Misa, que renueva la obra de nuestra redención y nos aplica sus frutos; pero al mismo tiempo, para continuar en nombre de Cristo su alabanza y glorificación del Padre eterno, enseña a sus hijos a rezar y a alabar a Dios. Para ello instituye su oración: • acompaña la oblación del altar con ceremonias sagradas que regula cuidadosamente por medio de rúbricas, y que son como el protocolo de la corte del Rey de reyes, al que debe conformarse toda la jerarquía sagrada para presentarse ante Dios; • y rodea la Santa Misa de un conjunto de lecturas, cánticos, himnos y salmos, que sirven de preparación o de acción de gracias a la inmolación eucarística. Todo este conjunto constituye el Oficio Divino.

2º La oración litúrgica es el complemento de la Santa Misa. El mismo sacrificio exterior, tal como lo regulan la ley natural y positiva, no puede consumarse sin la oración vocal: ésta dice con palabras lo que el sacrificio expresa con hechos. Como el prisma descompone la luz blanca en sus siete colores primiti-

vos, así también la oración litúrgica explica a los sentidos los diversos aspectos del sacrificio.

Por esta razón, la Santa Misa se sitúa en el centro del Oficio Divino, celebrándose después del Oficio de Tercia, esto es, de la mitad de las Horas canónicas, de modo que cuatro sirven de preparación a la Santa Misa, y las otras cuatro de acción de gracias. Así es como la oración litúrgica hace reinar real y místicamente el sacrificio redentor de Cristo en cada uno de nuestros días, preparándonos a él y extendiendo luego su influencia a toda la jornada. Igualmente, toda la riqueza de gracia que contiene la Santa Misa, y cada uno de los misterios de Nuestro Señor (que siempre se celebran en torno al altar), queda desglosada en el Oficio Divino, como vamos a explicar a continuación.

3º Poder santificador de la oración litúrgica.

La oración de la Iglesia es un camino seguro e infalible que nos conduce a Cristo y nos une a su vida. En efecto, por la disposición que la Iglesia ha dado al ciclo litúrgico, su oración pública se convierte para nuestras almas:

1º **En una fuente abundante de luz.** Desde Adviento hasta Pentecostés, la Iglesia contempla los misterios de Cristo, su divino Esposo: • durante el *Adviento*, su preparación bajo el Antiguo Testamento; • en *Navidad*, su encarnación y nacimiento en Belén; • en *Epifanía*, su manifestación a las Gentes en las personas de los Magos, y su presentación en el Templo; • durante la *Cuaresma*, su ayuno en el desierto; • durante la *Semana Santa*, su Pasión y muerte redentora; • en *Pascua* canta su resurrección, y luego, en la *Ascensión* y en *Pentecostés*, su suprema glorificación y la fundación de la Iglesia. Si el alma está atenta, esta representación de los misterios de Cristo, renovada año tras año, le permite obtener un conocimiento seguro y cada vez más profundo de la persona y de los misterios de nuestro divino Salvador.

2º **En un medio de asimilarse los sentimientos de Cristo.** La Iglesia, a través de su oración, no sólo nos descubre los misterios de Cristo, sino también las disposiciones interiores con que El los ha vivido. En efecto, como Esposa que conoce a fondo el Corazón de su Esposo, ella ilustra los diversos misterios de Cristo con textos sacados de los Libros inspirados (salmos, profecías, epístolas de San Pablo o pasajes de otros libros sabiamente seleccionados) en que se señalan los sentimientos de Jesús en cada uno de ellos. La Iglesia cumple así el precepto de San Pablo: «*Tened en vosotros los mismos sentimientos que tuvo Cristo Jesús*» (Fil. 2 5).

3º **En un medio de unirnos a los misterios de Cristo.** Y es que Cristo ha vivido primero en su persona los diversos misterios de su vida, para que luego nosotros los vivamos en unión con El, en calidad de miembros suyos, apropiándonos de su virtud y gracia propias. Ahora bien, esta unión a los misterios de Cristo se realiza sobre todo por medio de la Liturgia: por ella Cristo aplica a las almas, a través de los siglos, la virtud contenida en cada uno de ellos, comunicándoles las mismas gracias que si en otro tiempo hubiesen asistido a todos sus misterios. Así: • *en*

Navidad, Cristo comunica al alma fiel una gracia de renovación interior que aumenta su grado de filiación divina en Cristo; • *en Cuaresma* y en *Semana Santa*, le comunica una gracia de muerte al pecado que le ayuda a destruir cada vez más el pecado y el apego a la criatura; • *en Pascua* recibe una gracia de vida para Dios y de libertad espiritual; • *en la Ascensión*, la gracia de seguir a Cristo al cielo por la fe y el amor, para poder seguirlo más tarde con el cuerpo en el día designado por las promesas eternas. De este modo se opera en ella la identificación con Jesús, fin de nuestra predestinación eterna: «*A quienes Dios conoció de antemano, los predestinó a ser conformes a la imagen de su Hijo, para que El sea el primogénito entre muchos hermanos*» (Rom. 8 29).

La Iglesia nos lleva también a celebrar a los Santos, porque ellos son los miembros gloriosos del Cuerpo Místico de Jesús, en los que Jesús ya «ha sido formado» (Gal. 4 19) y que «han alcanzado ya la madurez del varón perfecto, la plenitud de Cristo» (Ef. 4 13). Por eso, al alabarlos, damos gloria a Cristo; y también por eso la Iglesia exalta las virtudes y los méritos de sus Apóstoles, de sus Mártires, de sus Pontífices, de sus Confesores, de sus Vírgenes; se alegra de su gloria, y propone sus ejemplos, si no siempre a la imitación, sí al menos a la alabanza de sus hermanos de esta vida.

4º Modos de unirse a la oración litúrgica.

Todo fiel se une a la oración litúrgica especialmente a través del Santo Sacrificio de la Misa, que es el corazón de la liturgia de la Iglesia.

Para lograrlo, dispone de cuatro medios: • acompañar al sacerdote en las oraciones y acciones del sacrificio, siguiendo con los ojos y el corazón lo que se realiza en el altar; • unir desde el principio su intención con la de Cristo y del sacerdote, ofreciendo a Dios la Misa por los fines para que fue instituida, esto es, para adorar, expiar, dar gracias a Dios por los beneficios concedidos y pedirle los bienes celestiales necesarios para la santificación y salvación de las almas; • ofrecerse como víctimas juntamente con Cristo Víctima, cada día con mayor afecto; • y sobre todo, comulgar sacramentalmente, ya que el modo más perfecto de participar del sacrificio es unirse a la víctima.

También puede unirse a ella cuando tiene ocasión de asistir a los Oficios (Maitines solemnes, Oficio de Tinieblas, Vísperas de fiestas y domingos).

Tres son entonces las disposiciones requeridas para aprovechar debidamente esta acción litúrgica: • la buena compostura exterior, manifestando con el cuerpo el respeto debido a la majestad de Dios mientras se reza el Oficio Divino; • la atención de la mente, que se aplicará al sentido de las palabras pronunciadas, para armonizarse interiormente con los sentimientos a que nos invitan los Salmos y oraciones, o se ocupará del misterio que se celebra; • y la devoción de la voluntad, saboreando los actos de fe, esperanza, deseo, arrepentimiento, ofrecimiento o amor que dicha oración presente al espíritu.